

ORÍGENES REALES DE LAS DISCREPANCIAS CHINO - SOVIÉTICAS

Digresiones sobre
el gran debate ideológico

I

La ya prolongada querrela ideológica entre los dos grandes colosos del mundo socialista, China Popular y Unión Soviética, parece estar moderándose en la forma y el contenido, sobre todo después del reemplazo de Nikita Kruschev en la dirección política de la URSS.

El amplio debate, que abarcó mucho tiempo —tal vez demasiado— y ocupó la atención permanente de los líderes teóricos izquierdistas de todo el mundo, permitió un duelo que a veces se tornó inclemente y áspero, en el que no estuvieron exentos el lenguaje duro y hasta procaz y los calificativos más brutales en el orden personal.

La característica anterior ha sido más notable en los chinos, quienes muy a menudo acudieron a términos idiomáticos hace mucho tiempo desterrados del intercambio de ideas entre partidos afines de la Izquierda, llevando el debate a extremos inimaginables. Palmiro Togliatti, en su comentado "Testamento Político", destacó el hecho de que "la violenta y vergonzosa campaña china y albanesa contra la Unión Soviética, el PCUS, sus dirigentes y sobre todo el camarada Kruschev, no tiene consecuencias notables entre las masas¹... "aspecto que, repetido en relación a la República Federativa Socialista de Yugoslavia, alcanzó iguales proporciones.

En todo caso, es interesante anotar que, sin lugar a dudas, y al margen del efecto que la campaña china pudo causar en las masas de los países subdesarrollados, el que en opinión de Togliatti fue mínimo, el debate que quiso restringirse al cariz puramente doctrinario, a la luz de antiguos y modernos escritos de Marx y sus intérpretes, tiene como razón de fondo problemas de índole histórico-social que fueron —manifiestamente o nó— dejados de lado. Y si por una parte los polemistas chinos descendieron en la forma, usando términos poco fraternos, no hay que desconocer que tras la argumentación soviética leal y respetuosa se escondieron no pocas omisiones; aspectos —ambos— que terminaron por enrarecer la discusión, perdiéndose las verdaderas perspectivas de una proble-

(1) Testamento Político de Togliatti, ver ARAUCO Nº 57, 1964.

mática trascendental para el futuro del socialismo y las relaciones entre partidos populares de distintos enfoques nacionales e internacionales.

II

Los polemistas soviéticos, encabezados por el teórico del Comité Central del Partido Comunista de la URSS (PCUS) Mikhail Suslov, han sostenido la defensa de su posición en un tono respetuoso y hasta académico. Nunca en la argumentación soviética se ha deslizado un sólo término soez, áspero o simplemente duro. Al parecer, este intento de llevar el debate por un camino limpio y despejado fue una especie de argucia psicológica a la que se apeló para aparejarla a la posición ideológica defendida —coexistencia pacífica— de modo de lograr una doble presión argumental. Si se estaba sosteniendo que el socialismo se imponería —en la generalidad— pacíficamente en Occidente, por ejemplo, tal cosa debía ser presentada moderadamente, con argumentos claros y precisos, abundantes citas de Marx, Engels y Lenin, sin caer en los ataques a personas o instituciones respetables del socialismo de China u otros países.

La argumentación así presentada —nunca varió ni en los momentos más tremendos del debate— recalca los orígenes puramente ideológicos de las discrepancias, insistiéndose sobre todo en los siguientes aspectos:

a) El socialismo es una doctrina eminentemente pacifista. Así la concibieron Marx y Lenin;

b) El “guerrerismo” y el “belicismo” son argucias criminales a las que acuden las burguesías nacionales y el imperialismo para sacudirse de las periódicas crisis que afectan al mundo capitalista. Los trabajadores —obreros, campesinos, intelectuales, en general las fuerzas de trabajo— deben oponerse siempre a la guerra, ya que son los únicos perjudicados por sus consecuencias;

c) El pacifismo socialista no cambia ni cabe someterlo a interpretaciones. La historia —que sigue un curso imposible de desviar— llevará invariablemente a los trabajadores al poder político de los países. Por esto debe mantenerse una férrea unidad, sin perderse en los “cantos de sirena” que llaman a la guerra. Hay que rechazar las provocaciones —siempre intencionadas— y mantener la paz a cualquier precio;

d) China Popular, al sostener una posición de abierta beligerancia hacia Occidente, sigue un camino apartado del socialismo. La guerra —hoy en día— significa ni más ni menos que el fin de la civilización y toda forma de vida sobre la tierra. Estas consecuencias son total y absolutamente antisocialistas, e incluso es dudoso que la deseen los capitalistas de Occidente.

Los aspectos enumerados son una síntesis —bastante estrecha por cierto— de la copiosa argumentación soviética en cartas al

Partido Comunista chino, documentos, declaraciones y discursos. Cada posición siempre fue acompañada de su correspondiente cita de palabras textuales de Marx, Engels, Lenin y otros teóricos comunistas, como aval histórico e ideológico.

Sin embargo, nunca la disputa mencionó —por ninguno de los dos sectores— algunos hechos de innegable implicancia en el conflicto, los que fueron olvidados lamentablemente.

En primer lugar, existe la realidad del distinto grado de desarrollo social y económico en los países socialistas. La Unión Soviética y Checoslovaquia, aparecen como naciones bastante desarrolladas e industrializadas, con standards de vida superiores a los del resto de los países socialistas, y por razones históricas que no es del caso analizar aquí; en un lugar menos preeminente la República Democrática Alemana, Polonia y Hungría, son también países de gran desarrollo tecnológico e industrial, con progreso económico tranquilo y sin mayores contratiempos.

Todos estos países —hoy— no tienen una necesidad imperiosa de mantener la política de limitaciones extremas en la producción de bienes de consumo, y, en general, de artículos destinados al mejoramiento del bienestar general, que fue la característica de los primeros años de lucha por el socialismo. Alcanzado después de una ardua batalla contra múltiples problemas políticos, presiones nacionales e internacionales, o simplemente heredado de la era capitalista, el standard de vida actual del mundo socialista europeo, en su generalidad, y su causante más directo, el alto grado de industrialización, le permiten a esos países una liberalización de las restricciones de antaño. Incluso —según opinan muchos observadores— los tiempos actuales hacen conveniente para un acelerado desarrollo económico futuro dicha liberalización, después de muchos años de severas modalidades en beneficio de la producción pesada y en detrimento del bienestar social.

Opera en este caso un principio dialéctico de gran importancia: El duro sistema de restricciones del consumo, centralismo inflexible, sumisión sin vacilaciones al poder monopolítico del partido, a las concepciones ideológicas rígidas desprovistas de discusión democrática en los organismos de masas, que fuera necesario en la primera época del desarrollo socialista (durante Stalin), aparece ahora como un inconveniente importante que frena el desarrollo social y político futuro.

La fase inicial que impusiera con mano dictatorial y arbitraria Stalin jugó —sin embargo— un rol significativo, haciendo posible en un alto grado el ascenso vertiginoso de la Unión Soviética —y otros países socialistas— hacia la industrialización, el progreso tecnológico y científico y —ahora— mejores standards de vida.

En el caso de la Unión Soviética —que usaremos a modo de ejemplo por ser el más representativo —el centralismo exagerado en la rama industrial, tan alejado de los principios de autogestión obrera que ha dado excelentes resultados —por ejemplo— en

Yugoslavia, era no sólo necesario, sino que hasta imprescindible, dada la inexperiencia soviética en la materia —entonces— y la magnitud de las empresas, factores a los que habría que acoplar una falta paralizante de personal especializado, administradores con iniciativas y preparados. Si la Unión Soviética se hubiese inclinado en aquellos tiempos por un sistema más democratizante, con participación activa de los sectores implicados en el proceso de producción, (obreros, administradores, técnicos, planeadores, ingenieros, teóricos, políticos, etc.) el país hubiera sido presa de la anarquía industrial, las medidas inconsultas e improvisadas, con el consecuente descalabro financiero y social.

No obstante, este “centralismo industrial”, que pudo aceptarse en una primera etapa de la construcción del socialismo en la Unión Soviética, aparece —aplicado hoy— como un sistema agobiante, que inhabilita el uso de la inteligencia teórica y práctica de los administradores formados ya por el gobierno popular, que fomenta el burocratismo y la arbitrariedad en la selección y distribución de lo que debe producirse, y cercena las facultades creadoras de las masas y sus organismos más representativos.

El mismo criterio operado en la limitación de la producción de bienes de consumo, puede —entonces— tener un doble significado. Cuando el fin primero era la acumulación acelerada y hasta desesperada de bienes de capital, de modo de afianzar el sistema sobre bases sólidas y reales, para hacer frente efectivo al mundo industrializado de Occidente, toda limitación del mejoramiento del nivel de vida era —obviamente— muy necesaria. Ningún planificador de entonces podría pretender distraer los mínimos y subdesarrollados recursos de cualquier orden de un país que recién encamina sus primeros pasos hacia el socialismo, en la producción de bienes que, aunque necesarios, sólo contribuirían a mejorar el modo de vida general del pueblo, pero no a afianzar el sistema.

Primero había que afirmar el socialismo, creando una economía industrial —gran salto desde una etapa feudal— salvando dificultades inimaginables, y afectando seriamente a las masas en sus aspiraciones inmediatas. Después podrían determinarse, ya sobre bases sólidas, medidas de mejoramiento social como el aumento de las viviendas, más y mejores alimentos, útiles de comodidad casera, automóviles, espectáculos, etc.

En el aspecto puramente ideológico, la política intransigentemente centralista y hasta dogmática seguida en los tiempos de Stalin, extendida a los terrenos del arte, la literatura y la cultura en general, pudo explicarse —no decimos justificarse— en una primerísima etapa del largo camino hacia el socialismo, con la finalidad de no disgregar el pensamiento, lo que debilitaría la dura batalla inicial contra los poderosos e implacables intereses del imperialismo y la burguesía. Pero esta política, prolongada, se constituye en un fardo pesado de sostener, que ahoga al pensamiento creador y la iniciativa artística, impide la discusión am-

plia, permanente y democrática en el seno de los organismos de masas, y convierte —en fin— el sistema, en una maquinaria burocrática dogmática, retrógrada y anti-obrera, alejada por completo de los fines primeros y últimos del socialismo.

El análisis de los tres hechos descritos —en los campos industrial, bienes de consumo e intelectual— permite afirmar que la época de Stalin conformó una realidad que, analizada ahora con cierta perspectiva histórica e ideológica —y buena o mala desde este último punto de vista— evitó la derrota del socialismo no bien comenzó su tarea de construcción en la Unión Soviética.

La presencia de Stalin creó toda una metodología teórica y de acción en el mundo socialista, que permitió lamentables excesos, arbitrariedades, abusos de autoridad y hasta crímenes. Muerto éste, había que realizar toda una tarea —tremenda tarea— de desarraigo de modalidades viciosas, anti-socialistas y corrompidas. Todo lo que Stalin significó —o pudo significar— debía desaparecer, para restaurar una democracia socialista que no se conocía, lo que implicaba una liberación de método y costumbres, y un reemplazo en los equipos dirigentes.

III

La argumentación soviética en la polémica con China —centrada en la defensa recalcitrante de la “coexistencia pacífica”— tenía, pues, toda una base histórico-social de sustentación en la realidad de ese país, desde los primeros años de la revolución bolchevique hasta la administración Kruschev, inclusive. Los 4 puntos en que sintetizamos dicha argumentación eran el producto de una trayectoria histórica, social y política en la URSS, saturada de sacrificios, luchas y privaciones.

Como en cualquier país de economía sub-desarrollada, en el grado en que se encontraba la Rusia zarista, la construcción del socialismo supone acciones definitivas, tajantes, que involucran grandes sacrificios para las masas, muchas privaciones y limitaciones que afectan al nivel de vida, y, en último término, la postergación de todo interés egoísta o personal, en aras de realizaciones que conduzcan al bienestar general de las mayorías, en el orden material, intelectual y social.

En la Unión Soviética, estos sacrificios fueron duros, y aparte de coadyuvar a crear la formidable industria pesada de la nación, significaron la eliminación de múltiples garantías y derechos, las que alcanzaron categoría de permanentes e insalvables en alguna época.

La “liberalización” que sobreviniera a Stalin apareció, desde el punto de vista soviético, como necesaria; más aún, imprescindible. Era la medida que permitiría el respiro que reclamaba el pueblo soviético después de tantos años a la espera de un mejoramiento en sus niveles medios, y un aflojamiento de las tensiones ideológicas y burocráticas.

China Popular, en cambio, no ha experimentado la misma trayectoria de la Unión Soviética y demás países socialistas europeos. Aún tiene un camino extenuador que recorrer para lograr el grado de industrialización e ingreso per cápita de la URSS. Podría decirse que China vive aún un período de "formación socialista", de consolidación, que es el más difícil, y cuando los intereses que hay que vencer se mueven con más y mejores aliados, dentro y fuera del territorio nacional.

A lo anterior hay que sumar los continuos desastres naturales que asolan a China periódicamente (desbordes de ríos, sequías, pérdida de cosechas por plagas), y más de algún error de sus dirigentes en las tareas de dirección política, que —en un país de 800 millones de habitantes— tienen siempre consecuencias catastróficas.

Configurando el cuadro anterior, nadie puede pedir a los dirigentes chinos una "liberalización" similar a la que afectó a la Unión Soviética, más todavía si se considera que las condiciones imperantes durante el mandato stalinista no se reprodujeron —calcadamente— en China. No existiendo, entonces, la condición esencial que fue causa de la liberalización, no puede tampoco tener validez una tal medida en China. Lo que ocurrió, en la práctica, fue un fomento permanente del culto a la personalidad de José Stalin, por parte de los dirigentes chinos, bajo cuyo ejemplo instaban al pueblo a trabajar más reclamatione, y cada día más, para la edificación del nuevo sistema. Los 25 años de la égida staliniana fueron invocados a menudo, y aún lo hacen, como ejemplo de centralismo obrero constructivo y creador.

Derribado este culto en la Unión Soviética, con todo lo que significaba en el fondo, los chinos no estuvieron dispuestos a hacer lo propio en su país, lo que supondría el derrumbe de una férrea estructura de poder difícilmente establecida, y su reemplazo por otra que —evidentemente— no era adecuada para la situación China en la etapa actual de su desarrollo.

La destrucción del sólo prestigio de Stalin ante su pueblo, suponía un complicado intríngulis ideológico y práctico que echaría por tierra las estructuras establecidas tan duramente. Stalin era como el símbolo de esa realidad, aun cuando —debe insistirse— la realidad china era diametralmente diferente a la soviética. Stalin en la URSS podría significar arbitrariedad, abuso de poder, nepotismo y acción criminal; Stalin en China, en cambio, significaba centralismo, lucha común contra el imperialismo, construcción del socialismo sin componendas ni titubeos.

Stalin derrumbado y olvidado en la URSS, involucraba más libertad para su pueblo, democratismo obrero, dignidad y seguridad personales; derrumbado en China, significaba una peligrosa posibilidad de debilidad del régimen.

Juzgando con un criterio simplista, esta diferencia habría podido ser superada si la Unión Soviética y los demás países socialistas europeos se hubieran embarcado en un amplio programa

de ayuda a China, para permitirle también destinar parte de sus recursos a la producción de bienes de consumo, elevando el nivel de vida medio de su pueblo. Lo anterior supondría un esfuerzo tremendo, dado el enorme volumen geográfico y humano de China, y la magnitud de sus problemas. Tal esfuerzo —es casi seguro— habría superado las posibilidades reales de la Unión Soviética, provocando —a su vez— una repercusión resfavorable sobre el pueblo soviético, pudiendo llegarse al extremo de comprometer gravemente la estabilidad política de los países embarcados en el programa de cooperación y ayuda.

Vistos de este modo el distinto evolucionar soviético y chino, la URSS aparece en una situación poco grata desde el punto de vista de la fraternidad socialista, ya que la ayuda económica que presta a numerosos países no-socialistas es cuantiosa, mientras que la que daba a China ha sido casi suprimida.

Los chinos acusan a los soviéticos, en base a lo anterior, de traicionar al movimiento comunista mundial, distraendo recursos preciosos en la ayuda de países que no son, ni con mucho, socialistas. Además, sostienen que la política de coexistencia pacífica con Occidente es una estafa, por cuanto debilita los frentes de lucha de los partidos obreros en las naciones capitalistas, y fortifica la posición imperialista.

Pero al parecer, el quid de la querella radica en el distinto grado de desarrollo de ambos países, lo que los ha enfrentado, ahora con distintos intereses incluso. Por un lado, la Unión Soviética, que camina aceleradamente hacia mejores niveles de vida medios para su pueblo, y que, en su deseo de no entorpecer esta aspiración con problemas externos, plantea una política pacifista y conciliatoria con el imperialismo; y, por otra parte, China Popular, en una etapa de desarrollo todavía incipiente, que requiere de la solidaridad y la ayuda soviética para avanzar más decididamente, pero que encuentra que los intereses soviéticos son ahora distintos, preocupados como están de su propio bienestar, al que, por lo demás, tienen un legítimo derecho todos los pueblos de la tierra.

IV

Los programas de desarrollo soviéticos contemplan un aumento de la producción nacional de un 500% en 20 años, lo que incrementará el ingreso per cápita en el mismo período en un 350%. Este doble hecho, según esos mismos planes, dará al pueblo soviético "el mejor standard de vida del mundo", los horarios de trabajo más reducidos, y las instituciones de protección social más eficientes.

Un cuadro tan perfecto como al que aspiran los técnicos soviéticos induce a la formulación inmediata de una interrogante: ¿posibilitarán las ambiciosas aspiraciones de la URSS una política de solidaridad con los países socialistas menos favorecidos? Indudablemente —es necesario insistir en ello— nadie puede negarle al

pueblo soviético —y a ningún pueblo— el derecho que tiene a mejorar su nivel de vida mediante el uso de mejores y mayor cantidad de bienes de consumo. Pero distinta cuestión es que tal aspiración se constituya en el desiderátum desmedido e incontrolado de una nueva teoría interpretativa del marxismo, que considere lícito el fomento acelerado del bienestar de un solo país socialista, en desmedro de los demás, pobres o débiles en sus estructuras políticas. Tal práctica estaría alejada de toda verdad marxista, y no valdrían interpretaciones ni citas.

Por otra parte, es tan enorme la diferencia que separa a la Unión Soviética de los demás países socialistas en cuanto se refiere a su desarrollo y potencial económico-financiero, que una decisión que pretendiera —por ejemplo— sobrepasar el ingreso per cápita de los Estados Unidos en 40 o 50 años en vez de los 20 prescritos en los programas últimos, significaría la posibilidad de destinar recursos a la ayuda al mundo socialista menos desarrollado, iniciándose una acción amplia de solidaridad generosa y fraternal.

Respecto a la obligatoriedad o nó, en el significado político-moral de la acepción, que tendría la Unión Soviética de ayudar al desarrollo de los países socialistas más inermes, es necesario destacar un hecho de gran importancia para juzgar: la URSS nunca ha ocultado su sentimiento de ser el país “guía” de las clases trabajadoras de todo el mundo, en quien debe verse un ejemplo y un camino a seguir. Esta posición, que ha sido adoptada casi sin defecciones por todos los partidos comunistas, muchas veces ha acarreado no pocas contradicciones difíciles de explicar, a los movimientos populares de muchos países. El intento de solidarizarse con todos y cada uno de los actos y procedimientos de la política interior y exterior de la URSS, por parte de los partidos comunistas, confunde a las masas, al trasladar al plano local problemas y circunstancias ajenos a sus intereses y aspiraciones, aun cuando esta modalidad se ha moderado manifiestamente desde la muerte de Stalin.

Todo lo anterior valga para explicarnos la causa de que el debate ideológico Pekín-Moscú nunca haya podido llevarse en un plano de claridades absolutas en los medios más allegados a las partes en disputa. Siempre se trató de tomar partido con uno u otro bando, en medio de escisiones insignificantes o nó, querellas soeces y dogmáticas, actitudes negativas abiertamente anti-marxistas, emplazamientos destemplados que siempre terminaron —y terminan— por perjudicar la causa única de los trabajadores. La lucha de los trabajadores, y sus intereses generales mediatos e inmediatos —es cierto— es una sola en todas partes. Pero puede —y en el hecho así sucede— adoptar formas diferentes, tácticas diversas, modalidades, según sean las circunstancias. Condicionar la posibilidad de ayuda a un país socialista por otro, al menor o mayor grado de “parecido” de la nación favorecida con la solidaridad a la que se favorece, sería adoptar una posición filibustera alejada

por completo de las tradiciones de solidaridad socialista. Aún más: pretender que los cambios contingentes de la política del país ofe- rente afectan determinantemente la estructura interna del que recibe la ayuda, sería la continuación sin variaciones de la política stalinista en sus “mejores” tiempos.

En el hecho, lo anterior ha sucedido hasta cierto punto entre la URSS y China. Los chinos no sólo se han negado a desterrar la sola mención del nombre de Stalin de su territorio, sino que también han perseverado en las prácticas centralistas rígidas y monopolíticas impuestas bajo la inspiración del ex-Premier soviético. En la forma y el fondo, entonces, los chinos han desairado los deseos soviéticos, y esto ha acarreado el término de la ayuda a extremos ínfimos, tanto en el plano financiero como educacional y técnico.

Vistos estos antecedentes desde un plano marxista objetivo, cabe preguntarse hasta qué punto unos u otros iniciaron la dura polémica; y, por lo demás, sería de un simplismo absurdo tratar de encontrar “culpable” a una u otra parte para convertirla en el chivo emisario de la crisis, castigándola con el desprecio del resto del mundo socialista, conminándola a un obligatorio ostracismo político, en medio de las anatemas desafiantes de los triunfadores.

Dicha solución, más que absurda, sería una monstruosidad.

V

El grado de la cruda discusión en los momentos que precedieron el retiro de Kruschev había alcanzado características lamentables.

Tanto chinos como soviéticos —cada uno en su estilo— llegaron a bordear peligrosamente un nacionalismo que nos atreveríamos a calificar de intranquilizador.

Por una parte, muchos ven en la posición soviética una peligrosa exaltación de necesidades inmediatas de su pueblo a límites exageradamente ambiciosos. Por la otra, la actitud china ha llegado a constituirse en un anti-sovietismo inaceptable, que nada tiene que hacer en una discusión teórica entre partidos hermanos, a pesar de las diferencias de opinión del momento.

La aspiración de los dirigentes soviéticos de elevar a toda costa el nivel de vida de su pueblo, puede inclinarlos a mirar con desapro- prensión o frialdad los movimientos liberadores de Asia y Africa, y las luchas de los trabajadores de América Latina. Todo foco nuevo de tensión significa una distracción inevitable de recursos, tácticas y deseos de la Unión Soviética, a menos que se adopte una política de absoluta indiferencia, abierta y deliberada, dejando tajantemente establecida la decisión de la URSS de “no tomar partido”, para dedicar todos sus esfuerzos a su consolidación interna.

La pretensión china de propender a una agudización de bloque de los países comunistas en sus relaciones con las naciones capitalistas, tiene también aspectos contradictorios. En sus tratos con

Gran Bretaña y Francia, por ejemplo, China Popular muestra una actitud, si no amistosa, por lo menos bastante tolerante. Sus llamados para lograr una radicalización política frente a Occidente parecen limitarse a la actitud que debe oponerse a los Estados Unidos, lo que significa que pretenden jibarizar al imperialismo, restringiéndolo a un solo país, indudablemente el más representativo, pero con importantes y poderosos aliados.

El "pacifismo" —refiriéndonos a otro aspecto de la disputa— llevado a excesos, se convierte en conformismo. Ser "pacifista" en el Asia Sudoriental —pongamos por caso— es sentarse de brazos cruzados a observar cómo el imperialismo hace y deshace en medio de la pobreza misérrima y sin alternativa visible que no sea el socialismo. En otros lugares —seguramente— el dilema será distinto, diversas las circunstancias, y por lo tanto el interés de los trabajadores aconseje otras tácticas, otros procedimientos.

Llevar, por otra parte, al mundo, a una situación caótica de crisis permanente, al borde de la guerra, es una irresponsabilidad que nadie sensato puede arriesgarse a enfrentar. Una guerra hoy, significaría el fin completo de la Humanidad, sin que nadie quede vivo para seguir discutiendo diferencias de métodos ni con los imperialistas ni con los partidos populares discrepantes.

En esta querrela ideológica, como en cualquiera otra que se suscite entre partidos populares de cualquier parte, es necesario mantener "la cabeza fría y el corazón ardiente", sin transacciones con el chauvinismo que corrompe y degenera al socialismo, y sin transigencias tampoco, con el imperialismo, que es y será siempre implicable con su enemigo, los pueblos trabajadores de todos los países de la tierra.

MONTHLY REVIEW

SELECCIONES EN CASTELLANO

SUSCRIPCIONES:

ANUAL (12 números)	Eº 10.—
SEMESTRAL (6 números)	5.—
NUMEROS SUELTOS	0,90

ES UNA PUBLICACION DE
PRENSA LATINOAMERICANA S. A.
CASILLA 10430 - SANTIAGO